

SABINES Y EL TIEMPO

Nevis Balanta Castilla*

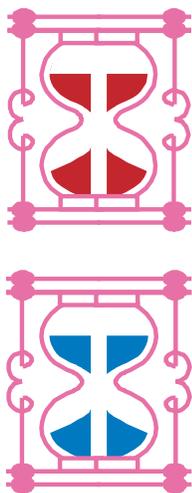
La existencia tiene tantos surcos como la palabra misma. Por eso lo ontológico se ha constituido en recinto del quehacer poético. El tiempo, uno de esos pliegues existenciales, conjuga la reflexión y la poetización en un ejercicio cotidiano pues los hombres, sobre todo aquellos como Sábines, que han trascendido su propio ser, inventaron su realidad y su propia esencia para hacerla más esencial y menos real.

El tiempo es así, en la poesía de Sábines, una especie de prodigio, de misterio impredecible que sin ninguna pretensión de develar hemos querido empezar a escudriñar en estas ideas que asaltan el pensamiento, y que lo único que aspiran es compartir con ustedes el gusto por la poesía de Sábines, llamada por algunos *coloquial* o *dialógica* por su tono conversacional.

Instalémonos en el tema del tiempo, no sin antes decir que el poeta mexicano problematiza la existencia en muchas de sus dimensiones: el amor, la muerte, la soledad y la temporalidad son algunas de sus preocupaciones. Dice Sábines: «(...) *es sólo el tiempo que pone algo en las manos, una fruta, una piedra, algodones o vidrios*» (...).

Aquí se nos presenta la ocupación como esa relación estrecha entre la temporalidad y la espacialidad, pues es el tiempo el encargado de llenar nuestros espacios vitales; lo que nos ocupa o preocupa. Por eso la palabra *preocupación* se torna importante en el poeta, a la manera de herramienta que le permite desencadenar lo temporal, al hablar de (...) *“los preocupados fantasmas”* (...), al reconocer que a los amorosos (...) *“les preocupa el amor”* y cuando afirma que *“el silbato del tren [lo] preocupó tres años”*. La ocupación es, pues, esa posibilidad de habitar el tiempo y preocuparse no es más que anticiparse a ese acontecer de habitarlo.

Sábines también desea romper con la temporalidad lineal que nos circunda. Por eso habla de los locos, porque la locura es la factibilidad de un metatiempo, de una ruptura con lo que para los griegos era *“cronos”*, el tiempo secuencial (el regulador de la vida en la cultura occi



* Licenciada en Lingüística y Literatura Universidad Distrital F.J.C. Magister en Investigación Social Interdisciplinaria. Profesora adscrita a la Facultad Tecnológica de la Universidad Distrital F.J.C.

dental), para instalarnos en el Kairòs o tiempo de la intención, el azar y lo cíclico; porque: *“los amorosos son locos, sólo locos, sin Dios y sin Diablo”* y él, como uno de ellos, *anduvo “días y días loco y aromado y triste”*.

El poeta también problematiza la eternidad y al mismo tiempo la desea en una desmesura de intensidad, pues para él es importante poder amar una hora, un día o una semana: (...) *«voy a seguir queriéndote todo el día»* *“Después de todo, pero después de todo sólo se trata de acostarse juntos, se trata de la carne, de los cuerpos desnudos, lámpara de la muerte en el mundo. Gloria degollada, sobreviviente del tiempo sordomudo, mezquina paga de los que mueren juntos”*. *“¿Te parece bien que te quiera nada más una semana?”*.

Sin embargo, ama y desea lo eterno cuando dice: *“vamos a guardar este día entre las horas para siempre”*. Este pasaje nos permite traer a colación la premisa hegeliana: *“La palabra mata la cosa”*, es decir, el espíritu que se muere se perpetúa en la letra que eterniza los deseos. Sería algo así como dar muerte a lo eterno, nombrándolo en la poesía perpetuada de Sabines. Por eso se afirma que: *“el amor es la prórroga perpetua”* y el deseo de *canonizar a las putas* no es más que la posibilidad de perennizar la felicidad que provocan a la manera de vírgenes eternas: *En qué lugar, en dónde a qué deshoras me dirás que te amo?. Esto es urgente porque la eternidad se nos acaba”*.

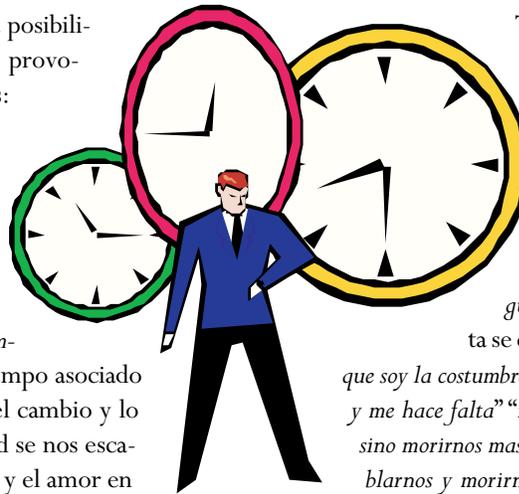
Y así como la palabra, el amor nos vuelve inmortales: *“¡que el tiempo, ah te hiciera estatua!”*, pues el tiempo asociado al movimiento tiene que ver con el cambio y lo imprevisto. De ahí que la eternidad se nos escape en los recodos de la propia vida y el amor en su ambivalencia divina nos trunca y mata, pero también hace posible el infinito.

Sabines bosqueja una relación entre tiempo y medicina; el tiempo es concebido entonces como un remedio o una cura que actúa como alivio ante los males de amor, ante la desolación ... Esta concepción es muy cotidiana pues generalmente le damos una gran responsabilidad,

pues solemos decir que *“el tiempo lo cura todo”* o *“el tiempo lo dirá”*, entre otras frases muy usadas. Sabines en su certeza de curarse dice: *“Espero curarme de ti en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es posible. Siguiendo las prescripciones de la moral de turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad...”*.

El tiempo es así el responsable de la superación del dolor, el que abre las heridas y se encarga de cerrarlas: *“Soy una cicatriz que ya no existe, un beso ya lavado por el tiempo, un amor y otro amor que ya enterraste”*.

Sin embargo, en la poesía de Sabines se vislumbran trazos de histeria. No olvidemos que el histérico padece el recuerdo y lo presencializa con dolor, pues las insatisfacciones del ayer se posan en un presente sufrido: *“Amaneció sin ella. Apenas si se mueve. Recuerda”*. *“Porque he querido a través de los días, y ha pasado el tiempo de nuestro amor”*. *“¿Es que hacemos las cosas sólo para recordarlas? ¿Es que vivimos sólo para tener memoria de nuestra vida? Porque sucede que hasta la esperanza es memoria y que el deseo es el recuerdo de lo que ha de venir”*.



También en Sabines se nos revela la temporalidad a la manera del sicótico. Así el delirio y la incertidumbre se apoderan de las palabras para zambullirse en la muerte y la inmortalidad, y reflejar a la manera de Pessoa *“esa angustia de fuga del tiempo”*. El poeta se conjura a sí mismo diciendo: *«Es*

que soy la costumbre. He tomado veneno, todos los días, y me hace falta” *“nos morimos, amor, y nada hacemos sino morirnos mas, hora tras hora, y escribimos y hablarlos y morirnos”* *“no hago sino esperar. Esperar todo el día hasta que no llegas”*.

Sin lugar a dudas el tiempo se presenta en los textos de Sabines como un símbolo poético que emerge de la *sustantivación* de lo existencial. Así, el tiempo es sordomudo, lúcido, aprendiz, finito, infinito, fugaz, esperanzador, inexorable, caótico, ... Indudablemente el tiempo es un objeto inaprehensible que ni siquiera el len-

guaje puede redimirlo, aunque sí lo caracteriza adjetivándolo.

A pesar de que en español el verbo "temporizar" no existe, el tiempo ejerce sobre los hombres una coacción, regula nuestras actividades truncándolas o facilitándolas; aunque paradójicamente, en la poesía que hoy nos convoca, las acciones huyen de lo temporal, pero convergen en las temporalidades que los hombres se forjan; esas propias formas de vivir el tiempo son procesos que a veces no encuentran soporte en los vocablos comunes, mas sí en la poesía. El tiempo se personifica: ama, muere, posee, preserva, ...*"El tiempo sube como la harina agria ¡henos aquí a todos fermentados, brotándonos por todo el cuerpo el alma"*.

Otro elemento que deja traslucir la angustia del poeta es la relación que establece entre Dios y el tiempo. No olvidemos que Dios para muchas culturas es el dueño de todo, el que impone las actividades que transcurren en la vida, como pasó con *"el trepalium"*, o instrumento de tortura para los romanos que fue impuesto por Dios como un suplicio para el hombre. No en vano dice la canción que *"el trabajo lo hizo Dios como castigo"*.

De otro lado, ha sido tan importante el tiempo para las culturas que a éste algunas sociedades le han dado el estatus de divinidad. Como en los griegos, donde Cronos tenía mucho poder: tanto así que era el dueño y señor de las situaciones. Dios es el único ser inmortal; tal vez por ello Sábines se libera de la incertidumbre en uno de sus textos. *"He pensado en la duración de Dios, en la manteca y el azufre de la locura, en todo lo que he podido mirar en mis breves días"*.

A su vez el poeta se fija en las etapas de la vida, con sus respectivas connotaciones de lo temporal, que reflejan en últimas los estereotipos sociales: la niñez, esa fase en la que no se tiene una concepción clara de lo temporal; allí da igual el día y la noche... Se confunden las horas con las pulsiones y los juegos: *"Yo creo que es como una niña preguntándole cosas, a una anciana..."*

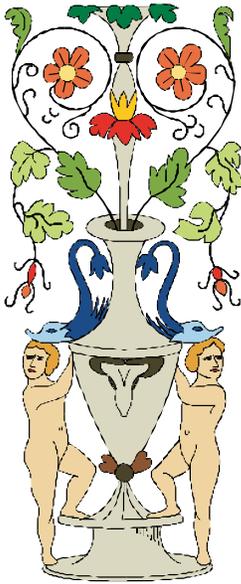
La juventud, ya más preocupada por el tiempo... Por la contingencia y el instante, según Sábines se confunde

con la niñez y es la depositaria de la risa: *"Esa niña que hoy vi tenía catorce años; a su lado sus padres le miraban la risa, igual que si ella se la hubiera robado"*

Y la vejez: la senectud es la época donde asaltan las prohibiciones (de la grasa y el cigarro) y donde la muerte acecha más con su ironía implacable. Pero Sábines se burla de ella diciendo que *"Lo agradezco de todo corazón, pero me rió de tan vanas recetas y tan escaso afán (La muerte también se ríe de todas estas cosas); la única recomendación que considero seriamente es la de buscar mujer joven para la cama"*. Por otro lado, los avatares de la temporalidad en Sábines muestran a esta desnuda en un curso marcado también por lo atmosférico, cómplice de ciclos naturales que abrazan los instantes amorosos: *la tarde, la noche, la lluvia, el calor, las sombras, la humedad y el hastío...* *"Aún es tiempo de amanecer junto al sol"* *"y el tiempo, qué hermosa tarde o cómo llueve"*.

Pero el tiempo es impredecible como el hombre: *"Yo no lo sé de cierto. Lo supongo"*. Nos permite sorprendernos, estar frente al azar, el instante, lo efímero y lo fugaz: *"el amor dura sólo un instante. Es corrompido por el tiempo"*. Por ello el tiempo es también inexorable e implacable y cuando se pretende darle la batalla Sábines la asume perdida, pues cree que en la vejez *"la juventud sólo puede llegarnos por contagio"* y que la única manera de hacer feliz a alguien es la muerte. Es decir, se asume el amor y el tiempo como vacíos, como esa completud inexistente o esa fisura que nos mata en la búsqueda de la perennización de un deseo. La completud, que sólo es eso, lo deseado.

Sábines además nos recuerda que hay una relación íntima entre el tiempo amor – dolor y goce: *"a la misma hora nos recordamos algo y nos sufrimos"* *"eres como un milagro de todas horas, como un dolor sin sitio..."* *"... tú eres como mi casa, eres como mi muerte, amor mío"*. El tiempo del dolor es así una eternidad que de tanto ocupar lugares se queda sin sitio; es inevitablemente perdurable a diferencia del goce asociado a lo pasajero y lo huidizo, porque la felicidad es lisonjera y coqueta, pero en el momento mismo es perpetua como las borracheras, esos instantes de inmortalidad del alma acolitadas por la noche, tiempo del goce, baile y canto: *"Esta noche nos vamos a emborrachar. El dulce alcohol enciende tu cuerpo con una llamita de inmortalidad"*.



De ahí que el poeta se pregunte: “*Habrá que vivir borracho de algo, como decía Baudelaire, pero esta borrachera lúcida del tiempo y de la gente, no es demasiado?*”. Emborracharse es pues, según el poeta, jugar con el tiempo en la búsqueda de un ahora perpetuo que sólo brinda la poesía. El licor y la palabra actúan como elementos alucinógenos que permiten escapar de una realidad para forjar otras realidades más azarosas, menos esperadas.

En fin, Sabines nos brinda la posibilidad de ser anacrónicos pero no atemporales, pues el tiempo (Kairos) es ese impulso que nos permite aunar el pensar y el poetizar en una especie de polifonía temporal; porque el tiempo sólo nos permite pluralizarlo. Así, encontramos en la poética de Sabines múltiples palabras que ayudan a conformar esa dimensión de la existencia humana: la espera o el instante de fuga, la noche o lugar de las sombras preferido por el poeta, la ausencia o el no tiempo, las horas, los días, la muerte, el olvido nos recuerdan que estamos vivos y que tal vez sólo nos falta. “*Una semana más para poder reunir todo el amor del tiempo*”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAPARROS, Nicolás. *Tiempo, Temporalidad y psicoanálisis*. Madrid: Quipú, 1994
- RODRIGUEZ, Juan Camilo. *Tiempo y Ocio*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1992
- SABINES, Jaime. *Poesía amorosa*. Bogotá: Seix Barral, 1999
- _____ *Antología Poética*, México: F.C.E., 1996.